

SOPHIE GOLDBERG

Lunas — de — Estambul

*El fascinante viaje de Oriente a México
de una mujer que lo dejó todo para
encontrar su lugar en el mundo*

 Planeta

Índice

Primera parte
[El desarraigo](#)

Segunda parte
[La nueva tierra](#)

Tercera parte
[La permanencia](#)

Agradecimientos

Acerca del autor

Créditos

*Para mi abuela Ventura,
mi madre Mery y mi hija Lisa,
mujeres valerosas a quienes ad-
miro.*

*Para mis primeros dos nietos,
y para todos los que sigan,
con incondicional amor
y con la esperanza de dejar en
ustedes
recuerdos extraordinarios.*

*A los hombres de mi vida,
mi esposo Moisés,
mis hijos Alejandro y Arturo,
mi padre Alberto.*

*A los migrantes de todas las
fronteras,
hacia todos los destinos.*

Emprenderemos viaje, con el secreto dolor de que no habrá regreso a ninguno de los sitios en que fuimos felices.

MARIO PAYERAS, *Kilimanjaro*

El viaje no termina jamás. Sólo los viajeros terminan. Y también ellos pueden subsistir en memoria, en recuerdo, en narración. El objetivo de un viaje es sólo el inicio de otro viaje.

JOSÉ SARAMAGO, *Viaje a Portugal*

Se cumplen treinta y cuatro años desde la muerte de mi abuela. Con una copa de Tempranillo en la mano, hago un brindis a su recuerdo. Tempranillo, la uva emblemática de España, me susurra como se expresa el vino, a través de sus notas de madera de barrica tostada y de su color pronunciado que evidencia las acotaciones del casis, la ciruela y la mora. Observo su tinte complejo y maduro poniendo la copa a contraluz. Maridaje perfecto con el pasado. Deliciosa fragancia a bosque húmedo y barrica añeja.

Vigorosas gotas se estrellan contra el enorme vitral al centro de la entrada. El hueco formado por el caracoleo de la escalera es uno de los rincones más entrañables de mi casa. Esa oquedad resguarda mis raíces. El baúl negro colma ese espacio. El baúl de mi abuela. Ella no fue un personaje histórico, no fue una Carlota ni una Juana de Arco, pero sí un personaje anónimo que abrió brechas, y que se suma a los cientos de inmigrantes que buscaron cobijo en otra tierra. Uno más de aquellos que han tenido como destino la vida errante; destino que, sin ella saberlo, marcó también el mío.

Un denso sopor se apodera del ambiente. El aire sopla con letargo. Decido abrir el baúl que ostenta el retrato de mi abuela luciendo un vaporoso vestido que se entalla un poco en la cadera. Intensidad en su mirada, orgullosa silueta. Cualquiera diría que se trata del relieve de un camafeo. Quito el retrato y la manta bordada, así como la figura de filigrana en plata de un típico zapato turco usado por las concubinas y odaliscas que vivían en el harén del sultán. Recuerdo exactamente el lugar en donde compré

esta pieza. Era mi primer viaje a Estambul y todo me hacía recordar a mi abuela.

La espesa piel de las asas que flanquean el arcón se ha podrido y se desprende en pedazos al simple tacto. Me inclino y el cerrojo cede ante mí con sólo rozarlo. Lo abro lentamente. Siento la atmósfera de Turquía, la que en el primer viaje me conquistó. Antes de subir la tapa por completo, el olor de aquel mundo antiguo se escapa como polen en primavera. El forro de su interior está totalmente amarillento y sus flores se han deslavado. Los sombreros de plumas me coquetean para que me los pruebe. En el fondo, un bulto cobijado con una sábana. Lo abro poco a poco y develo un álbum de terciopelo rojo cuyas esquinas se desmoronan como polvo cansado.

En su juventud mi abuela no sabía leer ni escribir, así que sus recuerdos estaban hechos de fotografías y de recortes custodiados celosamente por un broche cubierto de pátina. En él encontré retratos de las hermanas de mi abuela y del pequeño Isaac. Una postal de la mezquita de Ortaköy, su favorita, con el puente del Bósforo a un costado, como velándole el sueño. Pasé las acartonadas páginas admirando los rostros que ahí se albergaban desde hacía décadas. De pronto, descubrí la imagen de mi abuela casi niña, la misma que le mandó a Lázaro en esa primera carta que decidió su porvenir. Ojos castaños, seductores, enigmáticos. Casi noventa años de distancia entre nosotras. Pareciera no haber espacio entre su tiempo y el mío. Sin embargo, las fotografías de épocas pasadas me remontan a los días de mi niñez, a aquellas noches cuando me quedaba a dormir en su casa y me hacía cómplice de sus memoranzas, a tal grado que ya no distingo si mis recuerdos son evocaciones de los suyos.

Extraigo el espejo, el de plata repujada y mango de madera, donde mi abuela debe haberse contemplado tantas veces. Miro en ese reflejo mis propias facciones. Su biografía se revela confundándose con mis rasgos. Este objeto debe de haber halagado su coquetería en la juventud. A una moda le sucedieron otras, a un acontecimiento se le

sumaron muchos más. Y el níquel biselado fue testigo ferviente de todo aquello.

Mi abuela, seguramente, hizo cómplice a este espejo de introspecciones punzantes y de confesiones tímidas. Diálogos intrépidos, reencuentros, agonías, lutos, empañaron su estampa. Este espejo fue sin duda el intérprete de sus cambios y de sus pasiones, de ambigüedades y de signos incomprensibles. De sus ansias, de sus metamorfosis. Este espejo acunó y alentó siempre sus devaneos de vanidad.

Objetos, retratos, pasajes de mi herencia: raíces judías, raíces sefardíes, raíces turcas. Diáspora. Exilio. Un linaje nuevo en otra tierra. Búsqueda de arraigos. Minoría ansiosa de nuevas expectativas. Una generación que propició en su descendencia una identidad genuina en suelo mexicano. Sin embargo, Estambul permanece como presencia viva. Estambul con su misticismo y su belleza. Estambul caótica y serena, desmedidamente oriental y a la vez tan europea, inmoderadamente occidental para ser asiática. Los ramales de familia que ahí siempre habitaron nos siguen provocando añoranza.

Allá, la noche es un telón de terciopelo plúmbago que se abre cuando la luna se viste plena y observa al sol vertiendo su cobre líquido sobre el horizonte. Allá, las tardes son de *kehribar*, de ámbar. Y los imperios y las pisadas y las sombras y los cantos son de ámbar. Y el vapor y la humedad y el amanecer bizantino emergen de las aguas del Egeo, y son de ámbar. El alba va lamiendo el cielo otomano con minaretes de oro; cúpulas de bronce se levantan intrépidas en reverencia; contagian a las nubes con mil tonos malaquita, coral, topacio y lapislázuli. La vida despierta con plegarias, con los rastros que han dejado los siglos. Los mares guardan confidencias que el mito espolvoreó en ellos. El Mediterráneo recibe como dardos iridiscencias en fuga que atraviesan el fondo turquesa, hasta clavarse en la arena. Allá mi corazón de incienso y amuletos vibra con aromas de especias que colman el ambiente. Aquí, respiro el efluvio de recuerdos que flotan sobre las aguas del Bósforo. Aquí, remembranzas de mi

abuela, memoria inagotable. Aquí, mis lágrimas son de ámbar.

Primera parte

El desarraigo



II

Ventura ayudaba a recoger los platos de cerámica blanca con flores azules como gesto de agradecimiento por la invitación a cenar. Mientras tanto, el esposo de Victoria prendía en el fuego de la estufa el pedazo de carbón que daría vida al narguile cargado de tabaco de rosas y menta. En unos instantes, sobre la sala se instaló una penumbra formada con el humo de la pipa de agua que olía a pétalos y que cosquilleaba ligeramente en la garganta.

La conversación entre las dos mujeres continuó en la cocina. Victoria relataba la travesía de su hermano gemelo a México, como si ella misma hubiese estado ahí. Le contó que el barco se llamaba... se llamaba... qué más da cómo se llamaba, había olvidado el nombre; era carguero en los bajos y el pasaje se ubicaba en la parte superior, en una sección de camarotes modestos que se codeaban entre sí. Le platicó que los primeros dos días Lázaro se mareó tanto que no salió del suyo. Finalmente, para el tercer día se dirigió hambriento al comedor pero no alcanzó a sentarse siquiera cuando le indicaron que tendría que esperar a que los pasajeros del primer turno terminaran de comer; a él le correspondía el segundo turno. No se veían varones ni mujeres menores de veintiún años viajando solos, estos debían venir en familia. Lázaro se sentía abatido; a sus treinta y seis años, miraba con cierta envidia a las parejas y familias que viajaban juntas hacia un nuevo porvenir. Gente de diferentes países atendía la invitación de México esperando en-

contrar libertad y oportunidades, y así el puerto de Galveston al que la mayoría de los viajeros pretendía llegar fue reemplazado por el de Veracruz. Lázaro hizo amistad con un correligionario que venía de Salónica. Los treinta y dos días, que en ocasiones parecían no terminar, dieron oportunidad para intercambiar historias de familia. Lázaro le platicó con nostalgia que la víspera de partir de Estambul fue al *hammam* a darse un baño a la usanza turca con el fin de acicalarse para el viaje. Primero había entrado al cuarto tibio calentado con un flujo de aire ardiente que ayuda a respirar con libertad pasando por los laberintos del pulmón y también del espíritu. Ahí se reencontró con gente que, como él, usaba el baño turco como punto de reunión para socializar, para llevar a cabo los rituales propios y, como aspecto no menos importante, la higiene. Luego pasó al cuarto caliente donde lo tallaron y frotaron hasta dejar a su alrededor pequeñas virutas de piel. Después de un lavado completo de cuerpo con agua fría se sintió listo para el viaje. Con pesadumbre se preguntaba, al ver su imagen en el gran espejo ahumado por el vapor que exhalaban las paredes, si en América también existiría el *hammam*.

Victoria continuó relatándole a Ventura lo que su hermano Lázaro le había escrito en su primera carta ya con timbre y sello de América. Que no dormía por el pendiente de que no lo dejaran establecerse en México, ya que no había podido conseguir los cien dólares. Que, al vislumbrar por fin las costas mexicanas, sufría imaginando que se iría de regreso en ese mismo barco. También contaba que los pasajeros comenzaron a descender y leyó a lo lejos el cartel que rezaba: «Favor de preparar documentos y cien dólares como mínimo antes de llegar con el oficial.» Vio con horror cómo le negaron la entrada a un joven menor de veintiún años que no venía con sus padres, y cómo a una familia completa le decían:

—No pueden bajar, sus visas vencieron hace dos días. ¡De regreso a Europa!

Decidió retrasar su turno cediendo el lugar a una pareja mayor que le agradeció con una sonrisa. Por unos instantes

se quedó a solas con sus inconfesables miedos. La fila avanzaba, faltaban sólo unas cuantas personas antes de Lázaro para presentar sus documentos. A una señora no la dejaron bajar porque al revisarla se dieron cuenta de que padecía tracoma, una enfermedad de los ojos que se presentaba con frecuencia en viajeros que provenían del Medio Oriente. Las náuseas de Lázaro le llegaban a la garganta junto con el nerviosismo, que era mayor en cuanto una persona más era revisada. Uno de los primeros en bajar había sido Abraham Mitrani, el griego, quien descendió del vapor mostrando sus cien dólares a las autoridades. Gracias a la amistad que surgió entre ellos y para fortuna de Lázaro, Abraham volvió a subir, ya con sus papeles sellados por migración y so pretexto de haber olvidado un bulto a bordo, le prestó a escondidas sus cien dólares a Lázaro. A medida que se acercaba al oficial de migración, tuvo un sobrecogimiento al imaginar que el barco desaparecía, se desvanecía a sus espaldas. Estaba a punto de descender la larga escalinata hacia un nuevo mundo, con ganas, con miedo, con grandes expectativas.

—Fue así como mi hermano pudo poner pie en México —comentó la señora Victoria, a quien Lázaro había relatado en aquella extensa carta su azarosa llegada.

Las lluvias tropicales de fines de junio rociaban el ambiente cálido del puerto de Veracruz. Parecía que ese anhelado arribo estaba siendo bautizado por el propio cielo. La humedad lo llevaba a aflojarse el corbatín que hacía malabares colgando del cuello de su camisa. Cruzó la calle para cubrirse de la leve llovizna bajo el dosel de una construcción de cantera cuyo portón de pino estaba entreabierto. Aguardó unos minutos, parecía que poco a poco la lluvia se iba cansando mientras él observaba con atención lo que sucedía en el puesto de comida instalado justo a unos pasos de donde él se resguardaba. Lo primero que vio fue gente comiendo en los puestos de la calle. Estas personas portaban grandes sombreros de palma y alpargatas sostenidas en el empeine por algunas tiras de piel áspera —después de varios meses en México pudo pronunciar su nombre:

hua-ra-ches—. Fragantes guisados, así como un aroma delicioso que no supo identificar, lo acarrearón hasta el anafre fogoso que despedía una brisa de olor a otro mundo. Nunca había visto una tortilla de maíz, estas eran muy distintas a las grandes *lafas* hechas con harina de trigo que si se abren por la mitad forman un bolso, el cual se rellena con ensalada o con *kebab* de cordero asado. No entendía cómo la gente en México podía saborear de un solo bocado lo que más tarde aprendió a disfrutar: el taco.

Caminó hacia el tianguis frente al muelle, atraído por el colorido de exóticas frutas desconocidas como el chicozapote y la guanábana. Los techos improvisados de manta cruda de los puestos cobijaban verduras inexploradas como el nopal y los cabuches. Ollas de barro, comales, cazuelas y cántaros acomodados en el piso parecían escoltar los pasos del recién llegado que caminaba entre guajolotes y gallinas. Canastos tejidos se sentaban sobre la cabeza de las indígenas que ofrecían cuitlacoche y flor de calabaza, y la curiosidad, acompañada de sorpresa, lo llevó a acercarse a la mujer que le mostraba los canastos con verdura. No hablaba lo que a él le habían dicho que se habla en México, el español, el cual se suponía que iba a entender por hablar ladino, que aunque tiene muchas palabras hebreas, su base es el español. Esta mujer de enaguas bordadas con grecas de punto de cruz le hablaba en *tutunaku*, la lengua de los totonacas, y le regaló una sonrisa mansa. Él le preguntó si eso que ella vendía era comestible, pero jamás comprendió la respuesta.

Se dirigió hacia la estación del tren cargando su valija; las auras de sombra oscura rodeaban sus ojos fatigados. Mientras llegaba el momento de abordar el ferrocarril *El Mexicano* para habitarlo durante las doce horas que le tomaría llegar a la Ciudad de México, se dejó caer en una silla tejida de bejuco que se encontraba desocupada. Alegres notas de jarana y arpa bailaban en el aire. Se aflojó el botón superior de la camisa en tanto un aguador le ofrecía una especie de agua blanquecina en un pocillo de peltre azul. Se bebió de un trago la horchata sin importarle no sa-

ber qué era aquello que por fin refrescaría su boca arenosa. De pronto, un hombre de corta estatura y bigote a lo Emiliano Zapata le hizo un ademán para que lo siguiera: comenzaba ya el abordaje del tren. Al subir al vagón que le correspondía, colocó su equipaje cuidadosamente en la rejilla superior. Acarició el terciopelo verde de los sillones, el cual dejaba ver que eran muchos los que habían posado ahí sus nuevos anhelos. El deteriorado sistema ferroviario había sufrido de abandono durante el periodo de la Revolución y se notaba: incluso el hombre que revisaba los billetes de pasaje parecía haber sido abofeteado por el descuido. Las ventanas destilaban sudor en gotas y, al ver a través de ellas, los manglares se desfiguraban y las ramas tendían a extraviarse.

Durante kilómetros lo acompañaron los sembradíos de café que cambiaron su horizonte por el de la vainilla, mudando el paisaje sus atuendos para vestirse de hoja de plátano. El camino de hierro de Veracruz a la capital invadía la naturaleza, que escogió sus mejores dones para ponerlos en esas praderas. Lázaro observó interesado en las llanuras algunas haciendas que se asomaban discretamente y se abrían camino entre la maleza. Abandonadas por sus terratenientes o atacadas por los insurrectos durante la Revolución, muchas de ellas habían representado el orgullo azucarero del México porfirista. Las paredes parecían despellejar su tono pajizo y los cascos desmantelados de ingenios, que algún día olieron a dulce, formaban parte de un entorno de fecundidad casi irreal. Una tras otra mostraban techos desplomados, puertas de madera resquebrajadas y sin manijas, dejando apenas un hueco por donde se escapaban las sombras de los revolucionarios que por ahí desfilaron unos cuantos años atrás. Lázaro se resistía al irremediable agotamiento. Iba grabando esas latitudes verdiperennes en su memoria. El tren pasó por las estaciones de Huamantla, Apizaco y Soltepec. La única que Lázaro pudo pronunciar fue la de Paso del Macho, donde salieron unas indígenas a vender sus mercancías a los viajeros. Ahí compró un mango que se saboreó con todo y cáscara.

Al llegar a la capital, se encontró con gente de su misma procedencia y de otras regiones del extinto Imperio otomano, como Bulgaria y Grecia, con quienes coincidió en su arribo. Unos a otros se apoyaban y se daban consejos. Los unía la necesidad de compartir, de conversar sobre las mismas carencias y comentar sus posibilidades. La necesidad de pertenencia parecía tener voluntad propia; era como si ese gremio intercambiara códigos secretos, los códigos de una minoría con deseos de congregarse y hablar de sus añoranzas. Le recomendaron a quién dirigirse, y muy pronto se encontró ya en las calles coloniales del centro de la ciudad, vendiendo cortes de casimir inglés, calcetines y bonetería que daba la impresión de traer engarzada a los brazos que le servían de muestrario. Corbatas, listones, olanes y botones serpenteaban entre sí. Se dice que los inmigrantes judíos trajeron a México el concepto hasta entonces desconocido del *pago en abonos*. Así, Lázaro vendía sus mercancías de puerta en puerta, y dando facilidades para pagar cada quincena una parte del adeudo.

Después de pasar unas lunas en la tierra de Coyoxtauhqui, Lázaro se enamoró de la gente, de la comida, y del ansia de progreso que se respiraba en el ambiente posrevolucionario. Escuchó con admiración y también con temor los nombres de Zapata, Villa y Carranza por primera vez. Además, la recién impuesta Ley de Cuota Migratoria de Estados Unidos, aprobada en 1921, establecía que ningún país podía enviar anualmente a ese país más del tres por ciento del conjunto de sus propios nacionales. Así, se hizo casi imposible la emigración. Muy pronto Lázaro se olvidó de mudarse al Norte, aunque en su mente no dejaban de resonar los grandes éxodos de su pueblo, desde la salida de Egipto siglos atrás, hasta haber sido expulsados de Palestina y España, además de las persecuciones en Polonia y Rusia.

Rentó un cuarto en una vecindad de La Merced en el centro de la ciudad, como muchos de sus paisanos. La escalera hacia el segundo piso estaba escoltada en ambos lados por columnas de cemento, que parecían haberse retorcido en un esfuerzo de sobrevivencia al soportar el peso de